

Cómo citar este artículo: Tarcus, Horacio y Ana Longoni, “**Cuasimodo**. El temprano cruce entre vanguardia artística y vanguardia política”, en **Ramona. Revista de artes visuales** n° 16 (septiembre 2001), pp. 34-35. Reproducido en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. ISSN: 2545-823X. Disponible en: <www.americalee.cedinci.org>

# Cuasimodo

## El temprano cruce entre vanguardia artística y vanguardia política

Por Horacio Tarcus  
(CeDInCI/UNSAM, CONICET)

Ana Longoni  
(CONICET, UBA)

Un lugar común, bastante horadado por algunos estudios críticos e historiográficos recientes pero todavía consolidado en el relato más frecuente sobre la vanguardia histórica en la Argentina, es el que a partir de la oposición entre Boedo y Florida asocia a la vanguardia política a opciones estéticas realistas y a la vanguardia artística a opciones formalistas y despolitizadas. Para muchos, la recepción de las vanguardias en nuestro medio tiene como hitos fundacionales el retorno de Pettorutti y la experiencia de la revista *Martín Fierro*. Incluso una de sus figuras representativas, Raúl González Tuñón, ubicaba en 1929 su primer conocimiento directo de los movimientos de vanguardia europeos. Sin embargo, antes de *Martín Fierro*, antes inclusive que *Prisma* y que *Proa*, una revista libertaria puso en circulación al Borges ultraísta que cantaba a la revolución rusa y adhirió entusiasta al espíritu del arte que los nuevos tiempos demandaban, aludiendo al futurismo y al cubismo.

*Cuasimodo*, revista decenal apareció en Buenos Aires entre abril y diciembre de 1921. Retomaba el nombre de una primera *Cuasimodo* que había salido el año anterior en Panamá, dirigida por el anarquista puertorriqueño Nemesio Canale. Instalado éste por un tiempo en Buenos Aires, relanzará el proyecto asociado con el pedagogo anarquista Julio R. Barcos (Coronda, Prov. de Santa Fe, 1883 - Buenos Aires, 1960), conocido por sus obras

Cómo citar este artículo: Tarcus, Horacio y Ana Longoni, “**Cuasimodo**. El temprano cruce entre vanguardia artística y vanguardia política”, en **Ramona. Revista de artes visuales** n° 16 (septiembre 2001), pp. 34-35. Reproducido en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. ISSN: 2545-823X. Disponible en: <www.americalee.cedinci.org>

de inspiración libertaria, especialmente *La libertad sexual de las mujeres*” y *Cómo educa el Estado a tus hijos*.

El nombre de la revista aludía al personaje de *Nuestra señora de París* de Víctor Hugo, y según un comentarista de una publicación amiga, simbolizaba la monstruosidad “exterior” del pueblo sometido a las exigencias del trabajo físico, pero que tenía un correlato interior en la “belleza moral, con nuestros sueños redentores, con el ideal de nuestros espíritus; yo y mis compañeros del pueblo, los trabajadores manuales, somos los ‘Cuasimodos’ de esta hora, enamorados de la belleza de una sociedad sin tiranos ni explotadores” (F. Ricard, n° 16, abril 1921).

*Cuasimodo* es parte de un conjunto de publicaciones —muy poco estudiadas— que se manifiestan profundamente involucradas por el proceso de la Revolución rusa. Muchos intelectuales argentinos, de extracción libertaria, se mantienen políticamente independientes respecto del Partido Comunista local, pero apoyan activamente la causa de la Unión Soviética. El propio Barcos señalaba, en el primer número de *Cuasimodo*, cómo la Revolución rusa había recolocado a los anarquistas, al menos a la franja de los “anarcobolcheviques”: “Hasta ayer los hombres de prédica libertaria en Sud América no hemos sido otra cosa que literatos de la revolución social. Iniciada ésta en el mundo con la República Comunista de Rusia, nos toca a los que hemos sido sinceros en la prédica, transformarnos ahora en soldados para la acción” (*Cuasimodo* n° 14, 4/4/1921). Sin embargo, su adhesión a la edificación del comunismo soviético no implicaba adhesión incondicional a la política de la Internacional Comunista, pues el anarquismo de *Cuasimodo* se mantenía intransigentemente “antipolítico” y “antiparlamentario”.

La revista se ocupaba de la Rusia de los Soviets y la Europa de la posguerra; de cuestiones educativas y de la defensa de la Reforma universitaria; de la situación política de América Latina y de la condición de la mujer; así como de las nuevas teorías sociales, en un arco que iba de Lloyd George a Mahatma Gandhi, pasando por Lenin... Cuenta con firmas como las del futuro dirigente del Partido Socialista Juan Antonio Solari, la maestra y narradora

Cómo citar este artículo: Tarcus, Horacio y Ana Longoni, “**Cuasimodo**. El temprano cruce entre vanguardia artística y vanguardia política”, en **Ramona. Revista de artes visuales** n° 16 (septiembre 2001), pp. 34-35. Reproducido en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. ISSN: 2545-823X. Disponible en: <www.americalee.cedinci.org>

Herminia Brumana, el pedagogo Saúl Taborda, el joven filósofo Carlos Astrada, el médico anarquista Juan Lazarte, el neurocirujano Lelio O. Zeno, el futuro líder del grupo de Boedo, Elías Casteolnuovo, el narrador realista Álvaro Yunque, y los jóvenes ultraístas Jorge Luis Borges y Eduardo González Lanuza.

El artículo que quisiéramos rescatar aquí fue seguramente escrito por este último, ya que está firmado al parecer por un poco disfrazado seudónimo: E. González Somoza. Hay que señalar que se trata de una de las más tempranas reivindicaciones aparecidas en nuestro medio de la vanguardia artística europea de entreguerras, y evidencia una toma de posición frente al clima adverso dentro de la crítica de arte. Si bien la tendencia predominante dentro de la vanguardia política seguía nutriendo sus gustos literarios en la literatura realista decimonónica o en el modernismo latinoamericano, esta revista anarquista da un fuerte indicio de cruces significativos entre vanguardia artística y vanguardia política. He aquí la nota:

“Sobre el futurismo”

“Aunque empieza a adquirir el gris matiz de un lugar común, resulta formidablemente cierta la frasecita: vivimos en tiempos trascendentales. Vientos de fronda soplan por todos los campos de la actividad humana; se están plasmando nuevos ideales, vale decir, nuevos hombres, y, por la lógica rectilínea de los hechos, junto a los nuevos valores éticos, los del porvenir, mejor aún los del devenir. Eso es el futurismo. Así como sería imposible concebir una edad media rústica con un arte formalista y pagano como el griego, resulta inconcebible la inquietud tremenda que nos devora, el ansia de renovación total, al lado de un arte encuadrado en las normas, no digo del pasado, ni aún actuales. El novecentismo, Finisterre del viejo continente clásico – realizó su obra comenzando la destrucción de las chaturas académicas, pero sus modalidades resultan ya pequeñas y lo serían más en el porvenir, porque sus ánforas son estrechas para contener el torrente de emoción ante la vida y ante lo desconocido, que desborda en el pecho de los hombres libres. Los catorce versos de un soneto y la reglamentación de acentos, cesuras, etc., las imágenes resobadas y convencionales, son la prueba de un arte de esclavos. Por eso la primer palabra de un arte libre debe ser: no más emociones cuadrículadas. Los artistas, hartos de conmoverse al compás de la batuta preceptiva, levantan su grito de rebeldía y deciden romper con los moldes definitivamente; ser verdaderamente ‘líricos’ en el más amplio sentido de la palabra; auscultar a su yo para hallar la norma.

Cómo citar este artículo: Tarcus, Horacio y Ana Longoni, “**Cuasimodo**. El temprano cruce entre vanguardia artística y vanguardia política”, en **Ramona. Revista de artes visuales** n° 16 (septiembre 2001), pp. 34-35. Reproducido en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. ISSN: 2545-823X. Disponible en: <www.americalee.cedinci.org>

-Pero, ¿cuáles son las bases de esa escuela de locos?, grazna el coro de los gansos capitolinos de la vieja crítica. Y hasta se hacen cruces cuando se les contesta:

-El futurismo no es una escuela, salimos del sendero clásico para internarnos en lo más enmarañado de la selva; cada cuál según la fuerza de su temperamento, penetrará hasta donde pueda en lo intrincado del bosque. El futurismo no tiene bases, no se apoya en el pasado; abomina de él, sólo

desnuda a la virgen Emoción, palpitante y desnuda de los andrajos clásicos, para poseerla bajo la gloria del sol y hacerla parir hijos que alegren la vida.

No se trata de decir, sino de sugerir, porque la verdad y la belleza están dentro de cada uno; sugerir” el máximo con el mínimo de imágenes.

-Recursos de fracasados incapaces de hacer obra con los métodos nuestros, responden los fósiles, y olvidan a Picasso que abandonara las viejas formas para crear el cubismo y a Marinetti que deja el metro dulzón y convencional para seguir el ritmo de la armonía interior. ¿Que no se consigue? Eso ya es harina de otro costal y exigiría discusión aparte; pero lo innegable es que resulta perfectamente legítimo intentarlo. Las nuevas formas requieren del artista, un temperamento exquisitamente emocional; ser, como dice el manifiesto Agú, un “espejo nervio” (yo diría mejor, un “prisma-nervio”) que al ser herido por la luz de la belleza la refleje y la sienta. Ya no se trata de alinear palabras con las sílabas contadas, ni de hacer malabarismos de rima; se trata de hacer algo mucho más sencillo y complejo a la vez; hilar sensaciones, tejer estados de alma. ¿Cómo? Sincera y libremente. Y eso es todo. Las futuras sociedades se diferenciarán fundamentalmente de ésta por eso mismo; serán edificadas sobre la sinceridad y la libertad, así como ésta tiene como fundamento la mentira y la limitación. Así sabrán los hombres a qué atenerse con respecto a los artistas cuando se les desnude de la librea lacayuna de las preceptivas y se encuentren frente a la vacuidad absoluta de los que hoy triunfan”.

E. González Somoza

El artículo de “E. González Somoza” (¿Eduardo González Lanuza?) “Sobre el futurismo” (*Cuasimodo* n° 16, abril 1921) no aparece aislado en explorar los cruces entre las vanguardias artísticas y las políticas dentro de *Cuasimodo*. En el n° 19 (junio 1921) se publica una traducción del norteamericano Horace Brodzky en que define al artista como un anarquista en rebeldía contra la tradición; y en el n° 24 (octubre 1921) un autor anónimo profetiza “Un arte nuevo para la Rusia soviética”, donde serán borrados “los límites entre el artista y el público, entre la escena y el espectador...”.

Cómo citar este artículo: Tarcus, Horacio y Ana Longoni, “**Cuasimodo**. El temprano cruce entre vanguardia artística y vanguardia política”, en **Ramona. Revista de artes visuales** n° 16 (septiembre 2001), pp. 34-35. Reproducido en AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. ISSN: 2545-823X. Disponible en: <www.americalee.cedinci.org>

Los editores, por su parte, lanzan acerbos críticas a las figuras de la cultura oficial, sea el neoclasicismo artificial de Enrique Larreta o al nacionalismo belicista de Leopoldo Lugones. En este clima, la colaboración del joven Borges en *Cuasimodo* no es, pues, casual. El poeta anarquizante había regresado a Buenos Aires a principios de 1921 trayendo

consigo el ultraísmo. Meses después publicará en *Cuasimodo*, sus poemas “Rusia” y “Guardia roja”, avances de *Los salmos rojos*, el libro que no llegará a ser.